

SEMANA DUODECIMA DEL TIEMPO ORDINARIO
SANTÍSIMA TRINIDAD
(Ciclo A)

DOMINGO

Lecturas

a.- Ex. 34, 4-6. 8-9: Señor, Dios compasivo y misericordioso.

b.- 2Cor. 13, 11-13: Saludo en nombre de Dios Uno y Trino.

c.- Jn. 3, 16-18: Dios envió a su Hijo al mundo para que se salve por Él.

La primera lectura es la conclusión de la primera alianza, entre Yahvé y su pueblo Israel. Hay que tener en cuenta los capítulos 19, llegada al Sinaí y el 24, ratificación de la alianza sinaítica, sin olvidar el 33, sobre el alejamiento y cercanía de Dios, por la rebeldía del pueblo y orden de partida a la tierra prometida. ¿Cómo Israel, puede seguir siendo el pueblo de Dios, lejos del Sinaí, con una actitud que pone en duda su fe, alejada por su infidelidad, de la observancia de la ley? De su respuesta depende el renacer de la alianza, sin que sean obstáculo el lugar, las tablas de la ley destruidas y la situación del pueblo. Dios no vive sólo en el Sinaí, las tablas pueden ser escritas nuevamente, el verdadero lugar de la alianza es la misericordia de Yahvé, que se manifiesta en el hombre que lo busca y le presenta su situación concreta. Dios, permaneciendo en su misterio inaccesible, y el pueblo rebelde, a pesar de todo se acerca, en cualquier momento y situación, por medio de hombres carismáticos, profetas y jueces. Moisés, sube al monte representa a todos los futuros mediadores. Como Dios no puede ser visto por ninguno, pasa cerca de Moisés, revelando sus atributos de compasión, misericordia, clemencia y lealtad, como Aquel que perdona el pecado y exige justicia. Estos atributos divinos, son la impronta de su ser y de su presencia, señales presentes en el cotidiano de la vida del creyente y de la historia de la humanidad. El hombre deberá reconocer que no siempre pone por obra la alianza: amar a Dios y al prójimo. Esto no impide que sienta la atracción de cumplirla en la medida de sus fuerzas y capacidades, volver a la alianza para renovarla impulsado por el amor de Dios. La alianza se ha constituido en el espacio donde Dios y el hombre dialogan y se aman en recia fidelidad de parte de Dios y creciente amor correspondido de parte del hombre.

El apóstol Pablo, se despide de sus amados hijos de Corintio con una exhortación a vivir la vida cristiana con una meta la santidad, recorriendo todo el camino bajo la amorosa mirada de Dios Trinidad. Toda una exhortación a vivir la santidad como estado de perfección. Lo primero que invita a cultivar es la alegría, signo de los tiempos mesiánicos, con carácter eminentemente social, es decir, la comunión entre los miembros del Cuerpo de Cristo. Compartir con el hermano y el congraciarse con él, serán parte del patrimonio cristiano (cfr. 1Cor.12, 26), considerándose al mismo tiempo, como el mismo Pablo, colaborador del gozo de sus hermanos, porque permanecen firmes en la

fe (cfr. 2Cor. 1, 24). Todos podemos colaborar en el hacer de nuestras asambleas litúrgicas, una verdadera comunidad eclesial, animada por el amor y la paz de Dios.

El evangelio, nos presenta estos breves, pero densos versículos, donde Jesús va revelando su propio misterio desde su Padre Dios en su diálogo con Nicodemo. En los versículos anteriores a lo que leemos hoy nos ha dicho que nadie ha subido al cielo, sino el que bajó de él, por lo tanto es el revelador de Dios, porque antes que ÉL nadie ha subido al cielo: patriarcas y profetas, incluido Moisés, recibieron de Dios parte de la revelación; sólo Jesús, el Hijo del Hombre, ha estado en el cielo, en el seno de Dios, ha contemplado su rostro (Jn.1,18). Hay una clara alusión a la elevación en la Cruz y a la Ascensión de Jesús a los cielos. Esta única ascensión tiene como razón, que sólo Jesús ha bajado del cielo. Él no sólo escuchó a Dios, sino que es su única Palabra, es más, es la Palabra, ha visto a Dios, tiene una experiencia única. El evangelista en el fondo quiere decir, que Jesús es la máxima experiencia de Dios, la palabra de Dios, la revelación, más que visiones y audiciones, apunta a la revelación que comunica Jesús con su palabra y obras. Este es el Hijo del Hombre del que nos habló Daniel (7,13-14), el Dios ha constituido Señor de la historia. Pero aquí viene lo paradójico: ese Señor lleno de poder y gloria, debe pasar por la humillación de la Cruz, realidad que la Ley consideraba una maldición de Dios (cfr. Dt. 21,22). He aquí la máxima expresión del amor de Dios al hombre: entrega al Hijo a la muerte. Ese Hijo es Jesús, sólo es el enviado del Padre, es además su Hijo. Todo lo cual se había anunciado en el pasado: la serpiente levantada en el desierto, anunciaba al Mesías alzado en la Cruz del Calvario (cfr. Nm. 21, 4-9), y más atrás en el tiempo, cuando Dios pidió la vida de Isaac a Abraham, se anunciaba la pérdida del propio Hijo entregado a la muerte. Comprender esto un judío fariseo como Nicodemo, exige un cambio de mentalidad, una nueva fe, un nuevo nacimiento. Dios ha enviado al Hijo, para salvar al mundo, todo obra de la Trinidad: el Espíritu es del que se debe nacer, Jesús nos prepara recibir su Espíritu, el Padre, fuente de todo, envía a su Hijo al mundo, Luz del mundo, pero que el hombre, si prefiere las obras de las tinieblas, puede rechazar esa luz porque no rompe su relación con ellas. El que se deja traspasar por la luz de Jesucristo, vivará este nuevo nacimiento por el bautismo y la salvación será la fuente de su nuevo obrar. Porque cree en Jesús, el enviado del Padre, ya posee la vida eterna, no conocerá el juicio, porque sus obras son según Dios. Gloria y honor a la Santísima Trinidad: Padre, Hijo y Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amén.

Es San Juan de la Cruz, quien no describe esa misma vida de amor y gozo que vive la Santísima Trinidad. La comencamos a vivir en lo interior, si somos conscientes de nuestra condición bautismal, es decir, saber que somos auténticos hijos de Dios y como tales debemos vivir. "En ti solo me he agrado, ¡Oh vida de vida mía!. Eres lumbre de mi lumbre, eres mi sabiduría, figura de mi sustancia, en quien bien me complacía. Al que a ti te amare, Hijo, a mí mismo le daría, y el amor que yo en ti tengo ese mismo en él pondría, en

razón de haber amado a quien yo tanto quería” (Romance sobre el evangelio
In principio erat Verbum acerca de la Santísima Trinidad).